

No 2 - Setiembre - 1954



REVISTA INFANTIL NACIONAL

TOMO III

YO SE DE UN PESAR PROFUNDO

José Martí

Yo sé de un pesar profundo  
entre las penas sin nombres:  
¡La esclavitud de los hombres  
es la gran pena del mundo!



Revista Infantil Nacional  
Publicada por la  
**FILIAL DE ANDE**  
Cantón Central de Heredia

Directora:  
**EVANGELINA GAMBOA**

Administración:  
**GUILLERMO SOLERA R.**  
**DOLLY MUÑOZ ZUÑIGA**

San José — Costa Rica

### Sumario:

Yo sé de un pesar profundo .....	1
El Barro .....	2
Nala y Damayanti .....	3
El Buey .....	7
El Teatro Nacional .....	9
La Gallinita lista .....	11
Página de los Niños .....	15
Silencio .....	16

**SETIEMBRE 1954**

*Maderas:* Francisco Amighetti.

**VALE:**

**NUMERO 2**

*Dibujos a pluma:* Juan Manuel Sánchez.

**¢ 0.20**

## EL BARRO

-¿Eres ámbar?- dijo un sabio  
a un trozo de arcilla tosca  
que halló al borde de la fuente-.  
Debes serlo pues tu aroma  
tiene infinita dulzura  
y fragancia seductora.

-Soy barro- dijo la arcilla,  
con la humildad de la escoria-.  
Soy barro, barro mezquino,  
pero en edad no remota  
guardé, siendo tosco vaso,  
jun ramillete de rosas!

F. Shiller





## NALA Y DAMAYANTI

Continuación

En medio de brillantes fiestas se celebran las bodas. Los poetas entonan sus mejores cantos en honor de Nala y Damayanti, y los mismos dioses, a pesar de su derrota, perdonan el orgullo de los hombres y dan su bendición a los desposados. Después se remontan a su cielo.

Sólo uno de ellos no quiso perdonar. Es Kali, el dios vengativo, en cuyas manos están la riqueza y la miseria.

Cuando Nala y Damayanti regresan al país de los Nisadas vuelven sobre una larga alfombra de flores, bajo arcos de follaje y entre las bendiciones de su pueblo. Su reinado comienza con la mayor felicidad y los dioses inmortales les conceden un hijo y una hija.

Pero Kali no olvida su venganza, y busca la alianza de Puskara, el perverso hermano de Nala. Un día Puskara desafió a su hermano a jugar a los dados. Nala, por complacerle, accede a la partida, y el juego comienza. Detrás de Nala, invisible, está el dios Kali, que tiene en sus manos la buena y la mala suerte.

Nala juega un anillo de oro que brilla en su mano. Tira los dados; tira los dados Puskara, y Nala pierde su anillo. Después Nala juega un collar que brilla en su cuello. Y lo pierde también. Y pierde, una a una, todas sus joyas, sus armas, y sus caballos, y sus carros de guerra. El perverso Kali sonríe; Puskara juega con frialdad. Y Nala se ciega cada vez jugando, tentado por el dios, como si hubiera perdido la razón. Pasan las horas y los días y la partida no se acaba. Los consejeros de Nala están llenos de angustia. Damayanti, en su palacio, llora sin cesar. Pero Nala no escucha las palabras de sus consejeros ni piensa en su esposa ni en sus hijos. Juega siempre, cogido de una extraña locura, un día y otro día. Pierde todo su oro y su plata, sus palacios, sus jardines, sus tierras y sus vestidos.

Damayanti tiembla por la suerte de sus hijos, y con un ayo fiel los envía a la corte del rey Bhima, su abuelo. Después cae sobre su lecho, entre lágrimas y plegarias, esperando el regreso del esposo.

Nala ha jugado su derecho al trono y también lo ha perdido. Entonces Puskara le dice riendo:

—Dejemos el juego, hermano. ¿Qué te queda ya? Sólo tienes a la princesa Damayanti. ¿Quieres que la juguemos también?



A estas palabras Nala recobra de repente la razón. Sin pronunciar una palabra se levanta, arroja sus últimos vestidos, y tras pasado de dolor va en busca de Damayanti. La princesa le recibe en sus brazos llena de ternura:

—¡Oh mi bien amado! Querido me eras en toda tu gloria. Mas querido me eres hoy en tu miseria. Desnudo estás como cuando naciste. Yo seré tu madre, y tu hermana, y tu esposa. De nuestras riquezas sólo nos queda este trozo de tela grosera. Envolvámonos los dos en él.

Y abrazados, envueltos en el mismo lienzo, Nala y Damayanti abandonan el palacio. Cruzan la ciudad, salen al campo, y al caer la noche, santamente enlazados, se tienden sobre el suelo.

Nala llora. Damayanti canta y enjuga sus lágrimas.

Ahora está dormida Damayanti bajo la luna. Nala la contempla, conteniendo sus sollozos. Y piensa:

—¡Oh, Damayanti, esposa mía! Tu fidelidad te ata a mi triste destino. En los malos caminos, en el hambre y en el frío, en los bosques poblados de fieras y serpientes, bien sé que quisieras estar a mi lado. Pero ¿cómo podría resistir tanta fatiga tu carne delicada? Yo he pecado contra los dioses, olvidando mis deberes de rey y de esposo, y debo expiar mi culpa. Pero tú eres inocente, ¡oh Damayanti! Vuelve a casa de tu padre, donde tus hijos te esperan. Yo iré a buscarte allí cuando mi esfuerzo logre vencer a mi desventura.

Así piensa Nala en silencio. Damayanti duerme y sonrío bajo la luna.

Para evitarle todas las amarguras de la miseria, Nala decide abandonar a Damayanti, pensando que al verse sola volverá a casa de su padre. Varias veces ha intentado ya huir, pero su amor le hace volver otras tantas veces al lado de la esposa dormida. Al fin, cuando el primer albor aclara el horizonte,

Nala se decide. Sin despertarla, rasga en dos pedazos la tela que los cubre, toma uno para envolverse y la besa en silencio.

Después, llorando en su corazón, se pierde solo en la sombra de la selva.

¿Cuánto tiempo ha errado sola la bella Damayanti por el bosque sin fin? Ha caminado largos días y largas noches por las montañas y por las llanuras; ha visto los antros siniestros donde se guarecen las fieras y los bellos parajes donde cantan los pájaros. Ha atravesado ríos y lagos. Ha sido atacada por las serpientes y los malhechores. El viento y el sol han castigado su carne delicada. Y anda, anda siempre, llamando en voz alta a Nala, que la ha abandonado.

A los tigres pregunta por el hermoso Nala, y los tigres la miran dulcemente sin responderle. Pregunta a los ascetas de la Montaña Sagrada, y los ascetas le responden con palabras de luz:

—Sigue tu camino, bella Damayanti. Sufre y espera. Tú volverás a ver a Nala en toda su gloria. El reinará muchos años sobre la alegría de los pueblos, castigará a los malvados y subirá en su fuerte brazo a los honrados. Y los dioses os bendecirán. Sufre y espera, ¡oh Damayanti!

Y Damayanti sigue su camino. Unos mercaderes la recogen compadecidos de sus ojos de gacela y su belleza castigada de sol. Lleva la caravana gigantescos elefantes ricamente enjaezados y se dirige al reino feliz de los Chedis. En un campo verde acampan, junto a un lago florecido de lotos. Pero a media noche un rebaño de elefantes salvajes viene al lago, y al ver a sus hermanos los elefantes de la caravana convertidos en esclavos los atacan con rabia y aplastan a los mercaderes.

Así la bella Damayanti, mientras no llegue la hora del perdón, llevará la desgracia dondequiera que vaya.





## EL BUEY

*José Carducci.*

¡Piadoso buey! Al verte, mi corazón se llena  
de un grato sentimiento de paz y de ternura,  
y te amo ... cuando miras inmóvil la llanura  
que debe a tus rigores ser más fecunda y buena.

Bajo el pesado yugo, tú no sientes la pena,  
y así ayudas al hombre que tu paso apresura;  
y a su voz y a su hierro contesta la dulzura  
doliente con que gira tu mirada serena.

De tu ancha nariz brota, como un vaho, tu aliento,  
y tu afable mugido, lentamente, en el viento,  
vibrando como un salmo de alegría, se pierde ...

Y en su austera dulzura, tus dos verdes pupilas  
reflejan, cual si fueran dos lagunas tranquilas,  
el divino silencio de la llanura verde.



El Teatro Nacional



## EL TEATRO NACIONAL

En sitio muy céntrico de San José, con el monumento a Juan Mora Fernández frente a su fachada está el hermoso Teatro Nacional.

Es una estimable obra de Arquitectura, que es como se llama el arte de construir los bellos edificios.

Fué comenzado en 1890, bajo la administración del Presidente don José Joaquín Rodríguez, y terminado en 1897, bajo la del Presidente don Rafael Iglesias, a iniciativa de un grupo de cafetaleros que se comprometieron a pagar por mucho tiempo, para ayudar a tan importante obra, un impuesto de veinte céntimos oro por cada quintal de café que exportaran.

Ricos mármoles europeos se trajeron para sus muros, pero sirvió, además, la piedra granítica del país, así como de otras clases, y nuestras más fuertes y finas maderas.

¿Hemos pensado alguna vez en el valor de estas piedras, trabajadas una a una con cinceles y martillos, y en los primores que sacaron de los troncos los carpinteros y los ebanistas?

Sus esculturas son dignas de atención una por una. Allá arriba, en el centro de ese triángulo que se llama frontón, un ángel trae la corona de laurel con que la gloria premia a las artes, mientras a su lado derecho una mujer que representa la Poesía y la Música toca la lira, y a su izquierda, otra representa la Danza en su gracioso movimiento.

Dentro del frontón, un medallón con las fechas que dijimos, entre ángeles que siguen significando las Bellas Artes y las Letras. Y aquí abajo con sus nombres en los pedestales, Beethoven, el genio musical alemán, y Calderón de la Barca gran poeta español, autor de admirables dramas.

En el vestíbulo- el primer salón que encontramos a la entrada- otras dos estatuas simbolizan la Tragedia y la Comedia, y hallamos, además, el grupo de madre e hijo "Náufragos en la Miseria", del escultor cartaginés Juan Ramón Bonilla.

Y sería cosa de no acabar el seguir enumerando detalles como las amplias escaleras y sus candelabros, las pinturas de los muros y los techos, el gran salón de la parte alta con sus espejos, sus consolas, su piso que es todo un mosaico de lindas maderas, y donde se hallan, en el centro del cielo raso, los escudos de las siete provincias del país. Y hasta en su fachada posterior, la sorpresa de una elegante rampa y su balaustrada de granito, cuando creíamos que ya no había nada más que ver...

Y ya sabemos como brilla la enorme araña, sobre palcos y lunetas, las noches de función, cuando esperamos la presencia de los grandes actores, o la de los célebres ejecutantes musicales, o la de nuestro esforzado conjunto sinfónico...

Amemos este templo del arte y del espíritu; vayamos a sus grandes funciones, y también cuando no haya ninguna, porque, es un gran espectáculo el Teatro en sí, con sus muros, sus estatuas y sus pinturas, y con los ecos perennes de los versos y de los violines...





## LA GALLINITA LISTA

Había una vez una Gallinita muy lista y muy buena que vivía en un ranchito.

Por allá lejos, en una cueva vivían también Tío Zorro y la abuela de Tío Zorro.

De día y de noche Tío Zorro se pasaba dándole vuelta en la cabeza a la mala idea de almorzarse a la Gallinita. “¡Ah, pensaba,—Tío Zorro—, si pudiera meterla en mi gran olla negra y hacerme con ella una buena sopa!”

Pero la cosa no era tan fácil porque Gallinita era muy lista y muy prudente. Cada vez que salía cerraba

bien la puerta con llave y cuando volvía se encerraba cuidadosamente en su ranchito y metía la llave en la bolsa de su delantal junto con su aguja, sus tijeras y su dedal.

Pensando, pensando, a Tío Zorro al fin se le ocurrió un modo de atrapar a Gallinita. Se levantó muy de mañana y le dijo a la Abuela antes de partir:

—Abuela, ponga la gran olla en el fuego: tenga agua hirviendo, porque lo que es hoy no vuelvo sin la Gallinita para que nos engorde el caldo de la sopa.

Se echó un saco a la espalda y trotó hasta llegar al ranchito de la Gallinita. La Gallinita estaba en este momento recogiendo unas astillitas para encender el fuego y hacer el café. Tío Zorro se escondió detrás del montón de leña que estaba en el patio y mientras Gallinita estaba agachada recogiendo sus astillitas, se escurrió dentro del ranchito.

—¿En dónde me esconderé?— Se metió debajo de la cama, pero le quedaba el rabo afuera. Se metió debajo de la mesa, pero le quedaba afuera el hocico. Por fin se ocultó detrás de la puerta. En esto entró la Gallinita y se dijo: “voy a cerrar la puerta no sea que...” ¡Pero, Santo Dios! Al volverse para cerrar la puerta, ¡se va encontrando con Tío Zorro en persona!

Bueno, a la Gallinita se le fué la respiración del susto, pero acató a volar y se subió a una de las vigas del techo.

—Adiós, Tío Zorro, le dijo—, de esta vez se volverá con el saco vacío.

—Eso es lo que vamos a ver, Misia Gallinita Lista—. Y diciendo esto se puso a dar vueltas y más vueltas como cogiéndose el rabo. La Gallinita no le quitaba los ojos de encima y de tanto mover la cabeza se mareó; perdió el equilibrio y se vino al suelo. Entonces Tío Zorro muerto de risa, la cogió y la metió dentro del



saco; se lo echó a la espalda y trotando, trotando partió para su cueva.

Gallinita estaba con el alma en un hilo. Y ahora, ¿qué iba a hacer? Y se puso a llorar. Fué entonces a sacar el pañuelo de su delantal y al hacerlo se encontró con las tijeras que estaban por suerte en la bolsa.

Inmediatamente se le vino una idea. Cogió las tijeras y suavcito, suavcito, cortó el saco y por la abertura sacó la cabeza. Como Tío Zorro se cansó, se sentó un rato para tomar fuerzas. Entonces la Gallinita muy despacio se salió del saco, buscó una piedra muy pesada y la metió en su lugar dentro del saco. No hay para que decir que a todo volar se fué a su ranchito.

Tío Zorro volvió a emprender su camino, trotando, trotando, y decía:

—Pero hombre, cómo se puso de pesada Misia Gallinita, qué buen caldo gordo nos vamos a comer. Y por fin llegó a la cueva. La abuela le estaba esperando en la puerta.

—¿Está hirviendo la olla?—le preguntó Tío Zorro.

—Sí, nieto: y la Gallinita, ¿dónde está?

—Aquí abuelita, en mi saco, ¡y está más gorda!

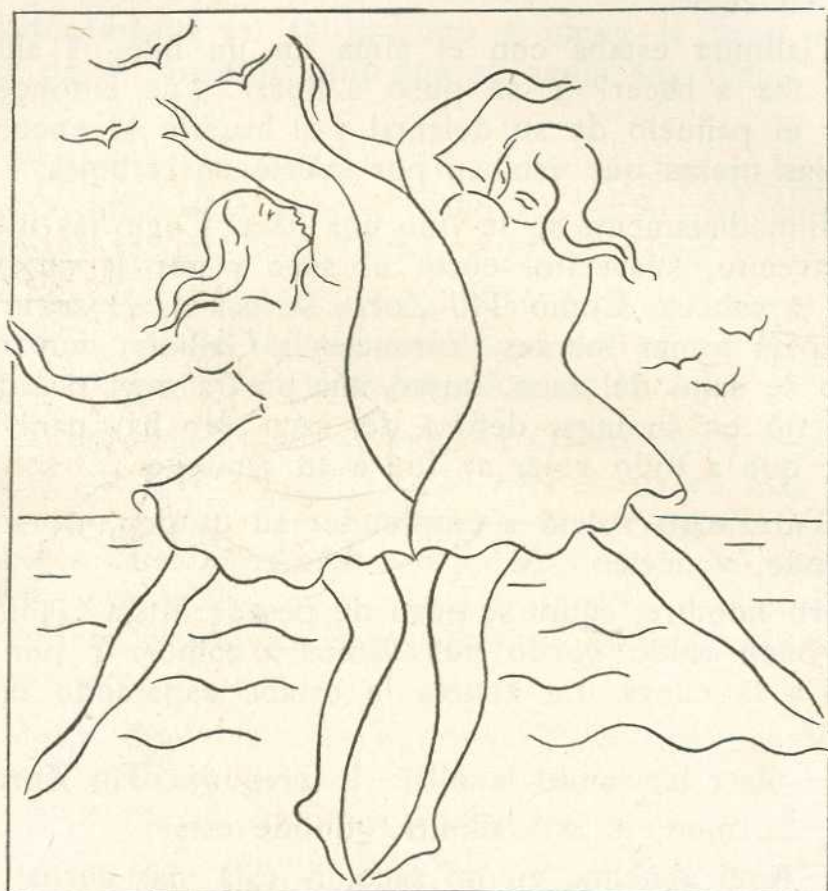
—Vamos a echarla a la olla que está hirviendo a borbotones!

—Sí Abuela. Destapa la olla para que cuando desamarre el saco caiga dentro la Gallinita; acércate y mucho ojo, no vaya a ser que quiera escapársenos.

—Está bien.

Los dos se acercaron a la gran olla y Tío Zorro desamarró el saco y vació con todas sus fuerzas lo que estaba dentro.

¡Cataplún! la gran piedra cayó y volcó la olla. El agua que hervía a borbotones quemó a Tío Zorro y a la Abuela; de las quemaduras murieron los dos, y Gallinita Lista no volvió a pasar sustos.



Dos niñas que danzan a orillas del mar  
 dos peces de plata vienen a buscar.  
 ¿Quieres, lectorcito, los peces hallar?

#### ADIVINANZAS

Una casa muy cerrada  
 sin puertas ni celosías  
 un niño lloraba adentro  
 ¿por dónde se metería?

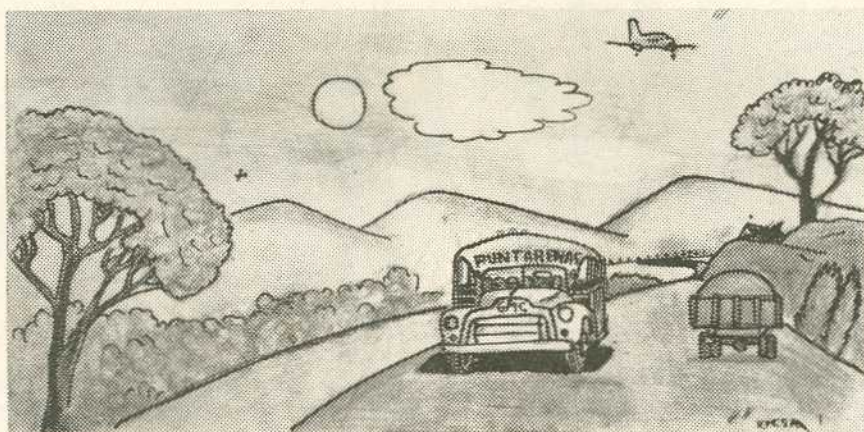
Una dama muy delgada  
 y de palidez mortal  
 que se alegra y se reanima  
 cuando la van a quemar.

Solución a las adivinanzas del N° 20, del tomo II:

1. El huevo.
2. La veleta.



PAGINA DE LOS NIÑOS



Víctor Manuel Sánchez, 12 años.  
Escuela de Ulloa, Heredia.

## UN BELLO ATARDECER

Ya termina el día; ahora viene la noche, saldrán la luna y las  
estrellitas que alumbrarán mis sueños tranquilos.

Todas las aves regresan a sus nidos.

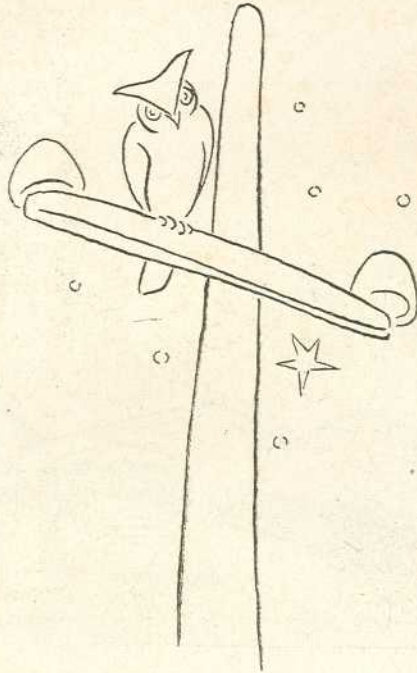
Ya se oculta el sol tras el horizonte.

Por última vez pasa el gorrión con su fino pico recogiendo miel  
de las flores. Los grillos empiezan el canto de sus violines.

Corre una brisa que refresca mi pensamiento.

El firmamento está de fiesta con lindos celajes de verano.  
¡Oh bello atardecer!

María Cristina Rodríguez.  
12 años.



## SILENCIO

Federico A. Gutiérrez

El silencio se hace sombra  
 en la inmensidad del campo;  
 ya va llegando la noche,  
 ya va llegando...

Un buho de mal agüero,  
 con su carita de triángulo,  
 está inmóvil en un poste  
 del alumbrado.

Y se enciende una estrellita  
 en la noche del espacio,  
 para velar el silencio  
 de los campos...